

(Por Luis Chitarroni)
Cultivaba el sarcasmo, la distancia y la sombra y unos gestos ampulosos que intuía distinguidos. Como no le gustaba derrocharlos, cuando se vistió esa mañana ya había previsto la acción.

La arena y el verano tendrían que haberlo desalentado, pero para él eran sólo palabras complementarias. Verana, areno: a una le sobraba lo que le faltaba a la otra. Y una ve —una inmensa uve de patas largas— era lo que la chica de la playa —prodigio biológico— exhibía en la remera, autorreferencial.

El se supo ubicar a la distancia justa y, para no ser cargoso, buscó en la memoria otra obstinación. Relojaba, contando pasos imaginarios. Todo lo que pasaba no se dejaba ver. Si fuera necesario, veteranos rugosos servirían de testigos y adolescentes estratégicas que jugaban al volley. La radio difundía un ruido insuficiente que a ella tal vez le gustara porque, moviendo los hombros, seguía el ritmo. El hubiera querido tener una cámara.

Suele ocurrir. El creyó que las sonrisas de ella – al aire, al sol, al ruido insuficiente que era su música – le estaban dolidas. Suele ocurrirle a los ganadores enfáticos. Sesupuso meritorio y se acercó a ella y le habló. Ella, directa porque estaba desorientada, seguía sonriendo. ¿Lo habrá oído? La respuesta no importa porque la suerte impuso otro desenlace. Al espacio le sobraba algo que le faltaba al tiempo y ella, aprovechando la ventaja, desanacrécó.

La remera quedó a los pies de él, arrugada: una evidencia diurna es todo lo que reclama la oscuridad. La arena que no pisaron los camellos, tan real como la carne ajena, fue lo único que compartimos.

Yo, que la había visto antes, me hacía el distraído.

Verano/12

rend

La mujer fue hasta la ventana de la cocina y miró afuera. Allí, en el patio crepuscular, había un hombre rodeado de barras de gimnasia y pesas de hierro oscuro de todas clases y cuerdas para saltar y aparatos con elásticos y resortes de espiral. Vestía un equipo de gimnasia y zapatillas, y no le decía nada a nadie mientras permanecía simplemente parado en el mundo que iba oscureciéndose, y no sabía que ella lo miraba.

Era el hijo de la mujer y la gente lo llamaba el Fornido.

El Fornido apretaba en sus grandes puños un racimo de pequeños resortes de espiral. Se le perdían entre los dedos, como trucos de magia; luego reaparecían. Los estrujaba. Desaparecían. Los soltaba. Volvían.

Hizo esto durante diez minutos; el resto de su cuerpo estaba inmóvil.

Después se agachó y levantó la barra con pesas de cincuenta kilos, sin hacer ruido, sin respirar. La movió una cantidad de veces por encima de la cabeza, luego la abandonó y entró en el garaje abierto, entre las diversas tablas de surf que él había recortado y pegado y lijado y pintado y encerado, y allí golpeó una bolsa de arena, con facilidad, rápido, ininterrumpidamente, hasta que se le humedeció el enlulado pelo de oro. Entonces paró y se llenó de aire los pulmones hasta que su pecho midió casi un metro y medio de circunferencia, y se quedó de pie allí, con los ojos cerrados, viéndose en un espejo invisible, aplomado y tremendo, ciento diez kilos de músculos, bronceado por el sol, salado por el viento del mar y su propio sudor.

Exhaló. Abrió los ojos.

Entró en la casa, en la cocina, y no miró a su madre, esa mujer, y abrió la heladera y dejó que el frío ártico lo envolviera en vapor mientras bebía un litro de leche directamente del cartón, sin dejar de beber en ningún instante, tragando y tragando. Después se sentó a la mesa de la cocina para examinar las calabazas de Halloween.

Ese día, más temprano, había salido a comprar las calabazas y las había tallado casi todas y hecho un buen trabajo: eran hermosas y se sentía orgulloso de ellas. Ahora, con un aire infantil, allí en la cocina, comenzó a tallar la última. Uno nunca habría sospechado que tenía treinta años; aún se movía con tanta rapidez, con tanta tranquilidad, al realizar acciones importantes como alcanzar una ola con una tabla de surf apuntada hacia arriba, o ahí, con el ligero movimiento de un cuchillo, calar un ojo de Halloween. La lamparita eléctrica llenaba el alboroto estival de su cabello, pero no revelaba ninguna emoción en su rostro, salvo ese único y empeñoso propósito de tallar. En él todo era músculo, sin nada de grasa, y esos músculos esperaban detrás de cada movimiento del cuchillo.

La madre iba y venía en tareas personales por la casa, y después fue a mirar al hijo y las calabazas y a sonreír. Estaba acostumbrada a él. Lo oía todas las noches aporreando la bolsa de arena allá afuera, o estrujando en las manos los resortes de metal o gruñendo cuando levantaba su mundo de pesas y las sostenía en equilibrio sobre los hombros extrañamente quietos. Estaba acostumbrada a todos esos sonidos, así como sabía que el océano llegaba a la orilla más allá del chalé y allí se echaba chato y brillante en la arena. Así como estaba acostumbrada, ahora, a oír al Fornido hablar cada noche por teléfono y decirle a las chicas que estaba cansado y que no, que esa noche tenía que encerrar el auto, o hacer sus ejercicios delante de los muchachos de dieciocho años que lo llamaban.

La madre carraspeó.

—¿Estuvo buena la cena esta noche?

—Claro —respondió él.

—Tuve que conseguir carne especial. Compré espárragos frescos.

—Estuvo buena —dijo el hijo.

—Me alegra que te haya gustado, siempre me gusta que te guste.

—Claro —dijo él, trabajando.

—¿A qué hora es la fiesta?

—A las siete y media. —Terminó el último trazo de la sonrisa en la calabaza y se echó

atrás en la silla—. Por si aparecen todos..., porque podrían no venir..., compré dos jarras de sidra.

Se puso de pie y fue a su dormitorio, mazo y tranquilo; sus hombros llenaban el umbral y un poco más. Dentro de la habitación, en la semioscuridad, mientras se ponía el disfraz, hizo la extraña pantomima de un hombre que lucha sería y silenciosamente con un rival invisible. Un minuto después se acercó a la puerta de la sala, lamiendo un gigantesco chupetín a rayas, de menta. Llevaba un par de pantalones cortos, negros, una camisa infantil con volados en el cuello y una gorra de escolar. Lamía el chupetín y decía: "¡Soy el nenito malo!", y la mujer que había estado mirándolo reía. Caminaba por toda la habitación con un andar exagerado de niño, lamiendo el enorme chupetín, mientras la mujer se reía y él decía cosas y simulaba llevar un gran perro atado a una cuerda.

—¿Serás el alma de la fiesta! —exclamó la mujer, con la cara rosada y exhausta. Ahora él también reía.

Sonó el teléfono.

El Fornido fue a los tropezones a atenderlo en el dormitorio. Habló un largo rato, y la madre lo oyó decir "Oh, por el amor de Dios" varias veces, y al fin volvió a la sala, lento y mazo, con expresión obstinada.

—¿Qué pasa? —quiso saber la madre.

—Uf —dijo él—, la mitad de los muchachos

no van a ir a la fiesta. Tienen otros compromisos. Era Tommy el que llamaba. Tiene que salir con una chica de algún lugar. ¡Maldición!

—Irán bastantes —dijo la mujer.

—No sé —replicó el hijo.

—Irán bastantes para una fiesta —insistió ella—. Tú ve igual.

—Debería tirar calabazas a la basura —dijo él, ceñudo.

—Tú ve lo mismo y pásalo bien —dijo la madre—. Hace semanas que no sales.

Silencio. El Fornido se quedó allí retorciendo el enorme chupetín, grande como su propia cabeza, haciéndolo girar entre los dedos grandes y musculosos. Parecía como si en cualquier momento fuera a hacer lo que hacía otras noches. Algunas noches se apretaba arriba y abajo en el suelo, con los brazos, y algunas noches jugaba un partido de básquetbol consigo mismo y apuntaba los tantos, equipo contra equipo, blanco contra negro, en el patio de atrás. Algunas noches se quedaba por ahí y después desaparecía de pronto y uno lo veía allá lejos, en el océano, nadando, largo y fuerte y tranquilo como una foca bajo la luna llena, o uno podía no verlo en esas noches en que no había luna y sólo las estrellas pasaban sobre el agua, pero uno oía allí, de vez en cuando, un débil chapoteo cuando él se sumergía y permanecía bajo el agua un largo rato y subía, o a veces salía con la tabla de surf tan lisa como las mejillas de una muchacha, lijada hasta la tersura, y venía montándola, enorme y solo sobre una ola blanca y espectral que espumaba a lo largo de la orilla y tocaba las arenas con la tabla cuando él se bajaba como un visitante de otro mundo y se quedaba un largo rato sosteniendo la tabla de surf lisa y tersa a la luz de la luna, un hombre tranquilo y un inmenso objeto con forma de lámpara sin nada escrito encima. En todas las noches como ésta de los años pasados, el Fornido había sacado a pasear a una chica tres veces en una sola semana, y ella comía mucho y cada vez que él la veía ella decía: "Vamos a comer", y entonces una noche él la llevó a un restaurante y abrió la puerta del auto y la ayudó a bajar y volvió a subir y dijo: "Ahí está el restaurante. Hasta luego". Y se fue. Y volvió a nadar allá lejos, solo. Mucho después, una chica demoró demasiado arreglándose y llegó media hora tarde, y él nunca volvió a hablarle.

Ahora, pensando en todo eso, recordando todo eso, la madre lo miró.

—No te quedes ahí —le dijo—. Me pones nerviosa.

—Y bueno —contestó él, resentido.

—¡Vete! —gritó la mujer. Pero no gritó lo bastante fuerte. Incluso a ella misma su voz le sonó débil. Y no supo si su voz era natural-

El tema es el siempre peligroso amor de madre. Y el autor es Ray Bradbury, célebre frecuentador de infantes monstruosos, noches de Halloween inolvidables y espejos deformantes de verdades demasiado terribles para ser ciertas aunque lo sean. El presente relato forma parte de *Caricias de horror II*—nueva antología de terrores sensuales— que Emecé acaba de editar.

Por
Ray
Bradbury

mente débil o si ella la hacía de ese modo. Hubiera dado lo mismo que hablara del invierno que se acercaba; todo lo que ella decía tenía un sonido solitario. Y de nuevo oyó la palabra que le salía de la boca, sin fuerzas: —¡Vete!

El hijo entró en la cocina.

—Supongo que irán bastantes muchachos —dijo.

—Seguro que sí —repuso la mujer, sonriendo de nuevo. Siempre sonreía de nuevo. A veces, cuando hablaba con el hijo, noche tras noche, parecía como si también ella estuviera levantando pesas. Cuando el Fornido andaba por las habitaciones, daba la impresión de que era ella quien caminaba por él. Y cuando él se sentaba a cavilar, como hacía a menudo, la madre miraba alrededor en busca de algo que hacer, como quemar las tostadas o cocinar demasiado la carne. Lanzó una risa breve, débil y sofocada, como un ladrido.

—Vete, sal a divertirte.

Pero los ecos de sus palabras se movieron por la casa como si ya estuviera vacía y fría y él debiera volver a aparecer en la puerta. Los labios de la madre se movieron:

—Vete volando.

El hijo agarró la sidra y las calabazas y las llevó apresuradamente al coche. Era un auto nuevo y había permanecido nuevo y sin usar durante casi un año. El Fornido lo lustraba y experimentaba con el motor o se echaba debajo durante horas metiendo la mano en todos los hierros que había allí, o simplemente se sentaba en el asiento de adelante a leer a medias las

revistas sobre fuerza y salud, pero rara vez lo manejaba. Puso orgullosamente la sidra y las calabazas talladas en el asiento delantero, y para ese momento pensaba en el posible buen rato que pasaría esa noche, de modo que ensayó un breve tambaleo de niño como si fuera a caerse todo, y la madre rió. Volvió a lamer el chupetín, saltó al auto, lo hizo retroceder por el sendero de grava, lo desvió para tomar el camino junto al océano, sin mirar a esa mujer, y se alejó por el camino de la costa. La madre se quedó parada en el patio mirando cómo se marchaba el auto. William, su hijo, pensó.

Eran las siete y cuarto y ya estaba muy oscuro los chicos revoloteaban por las veredas difrazados con sábanas blancas de fantasmas y



Haga un REGALO NO CONVENCIONAL, Regale un VIDEO

<p>LA NOCHE ETERNA</p> <p>Un testimonio valioso de Ch. W. Gluck. La aclamada película de la vida de un hombre que se convirtió en un gran actor.</p> <p>LA Raulito</p> <p>La marginalidad y su entorno. Un film de Luján y un grande.</p> <p>EL CID</p> <p>A. Mann, Ch. Heston, S. Loren. La leyenda épica en los años humanos.</p> <p>MONDO CANE 2</p> <p>Un documental único filmado en 1973. La expedición de A. H. Heston por el mundo.</p> <p>90° Sud</p> <p>Un documental único filmado en 1973. La expedición de A. H. Heston por el mundo.</p>	<p>LA NOCHE ETERNA</p> <p>Un testimonio valioso de Ch. W. Gluck. La aclamada película de la vida de un hombre que se convirtió en un gran actor.</p> <p>LA Raulito</p> <p>La marginalidad y su entorno. Un film de Luján y un grande.</p> <p>EL CID</p> <p>A. Mann, Ch. Heston, S. Loren. La leyenda épica en los años humanos.</p> <p>MONDO CANE 2</p> <p>Un documental único filmado en 1973. La expedición de A. H. Heston por el mundo.</p> <p>90° Sud</p> <p>Un documental único filmado en 1973. La expedición de A. H. Heston por el mundo.</p>
---	---

AYACUCHO 509-1026-Bs-As. TELÉFONOS 49-4503 y 49-4504. Aceptamos todas las Tarjetas

caras de óxido de cinc, haciendo sonar cam-
tas, chllando, agitando deformes bolsas de
l que les pegaban contra las rodillas al co-

William, pensó la mujer.

o lo llamaban William; lo llamaban el
ido y Sammy, que era la abreviatura de
ón. Lo llamaban Butch y lo llamaban
y Hércules. En la playa uno siempre veía
chicos de la escuela secundaria rodeán-
para palparle los bíceps como si él fuera
auto deportivo nuevo, examinándolo,
rándolo. El Fornido caminaba dorado
ellos. Todos los años era así. Y después
le dieciocho cumplían diecinueve y no
an tan a menudo, y después veinte y muy
vez, y después veintiuno y nunca más,

simplemente desaparecían, y de pronto había
otros nuevos de dieciocho para reemplazar-
los, sí, siempre los nuevos para pararse bajo
el sol donde se habían parado los otros, mien-
tras los mayores iban a algún lugar hacia otras
cosas y otras personas.

William, mi buen muchacho, como la
mujer. Los sábados a la noche vamos a ver
espectáculos. El trabaja todo el día en los
cables de alta potencia, allá arriba, en el cielo,
solo, y de noche duerme solo en su cuarto, y
nunca lee un libro o un diario ni escucha una
radio ni pone un disco, y este año cumplirá
treinta y uno. ¿Y cuándo, en todos esos años,
ocurrió eso que lo llevó a subirse a ese poste,
solo, y a trabajar solo allá afuera todas las
noches? Por cierto que había habido bastantes
mujeres, aquí y allá, de vez en cuando, a lo
largo de su vida. Pequeñas mezquinas, por
supuesto, tontas, sí, a juzgar por su aparien-
cia, pero mujeres, o muchachas, más bien, y
ninguna digna de mirarla una segunda vez.
Aun así, cuando un muchacho pasa los trein-
ta... Suspiró. Sin embargo, hacía muy poco, la
noche anterior, había sonado el teléfono. El
Fornido lo había atendido y la madre pudo
completar la mitad no oída de la conversación;
había oído miles de otras semejantes en una
docena de años:

—Sammy, habla Christine. —Una voz de
mujer—. ¿Qué estás haciendo?

Las pestañitas doradas del hijo aletearon y
la frente se le frunció, alerta y cautelosa.

—¿Por qué?

—Tom, Lu y yo vamos al cine, ¿quieres
venir?

—¿Mejor que sea una película buena! —gritó
el Fornido, indignado.

Christine le dijo el título.

—Esa! —resopló él.

ORNIDO

—Es una buena película —dijo la muchacha.

—Esa no —replicó el Fornido—. Además, hoy
todavía no me afeitó.

—Puedes afeitarte en cinco minutos.

—Necesito un baño, y demoraría mucho
tiempo.

Mucho tiempo, pensó la madre; hoy estu-
vo dos horas en el baño. Se peina dos docenas
de veces, se alborota el pelo, se lo peina
de nuevo, hablando solo.

—Bueno, está bien. —La voz de la mujer en
el teléfono—. ¿Esta semana vas a ir a la playa?

—El sábado —respondió el Fornido, antes de
pensarlo.

—Entonces te veo allá —dijo la chica.

—Quise decir el domingo —se apresuró a
decir él.

—Podría cambiar por el domingo —replicó
ella.

—No sé si podré ir —atajó él, más rápido aún—.
Mi auto no anda bien.

—Claro, Sónson —dijo la muchacha—. Hasta
pronto.

Y el Fornido se había quedado allí largo
rato, haciendo girar en la mano el tubo silen-
cioso. Bueno, pensó la madre, ahora lo está
pasando bien. Una buena fiesta de Halloween,
con todas las manzanas que llevó, atadas en
ristras, y las manzanas sueltas para tratar de
agarrarlas con la boca en el barril con agua,
y las cajas de caramelos, los granos de maíz
dulce que tiene realmente el sabor del
otoño. Anda corriendo por ahí como el nen-
ito malo, pensó la mujer, liamando el chu-
petín, mientras todos gritan, tocando cor-
netas, riendo, bailando.

A las ocho, y otra vez a las ocho y media y
a las nueve, la madre fue hasta la puerta de
alambre tejido y miró hacia afuera y casi podía
oír la fiesta a lo lejos, en la playa oscura, los
sonidos que traía el viento tonificante, furioso
y salvaje, y deseó poder estar allá en la cabina
por encima de las olas, en el muelle, todos
remolineando con sus disfraces, y todas las
calabazas talladas, cada una de una manera
diferente, y un concurso para elegir la mejor
máscara casera o el mejor maquillaje, y
demasiadas palomitas de maíz para comer y...

Se agarró del picaporte de la puerta de alam-
bre, con la cara rosada y excitada, y de pronto
se dio cuenta de que los chicos habían deja-
do de ir a pedir por las casas. Halloween,
aunque fuera para los chicos del barrio, ya
había pasado.

Fue a mirar en el patio.

La casa y el patio estaban demasiado calla-
dos. Era extraño no oír los tiros de la pelota
de básquet en la grava o el zumbido constante
de la bolsa de arena al recibir los golpes. O el
ruidito a pinzas de los resortes.

¿Qué pasaría, pensó, si esa noche el Fornido
encontraba a alguien, si encontraba a alguien
allá y simplemente no volvía más, no volvía
más a casa? Ni una llamada telefónica. Ni una
carta, así podía suceder. Ni una palabra.
Sencillamente marcharse y no volver jamás.

¿Qué pasaría? ¿Qué pasaría?

¡No!, pensó, no hay nadie, nadie allá, nadie
en ninguna parte. Sólo existe este lugar. Este
es el único lugar.

Pero el corazón le latía rápido y la mujer
tuvo que sentarse.

El viento soplabla suave desde la orilla.

La mujer encendió la radio pero no la oía.

Ahora, pensó, no hacen nada salvo jugar a
la gallina ciega, sí, eso es, la gallina ciega, y
después solamente...

Dio un respingo y saltó.

Las ventanas habían estallado con una luz
crua.

La grava lanzó un rocío de ametralladora
mientras el auto entraba traqueteando, frena-
ba y se detenía, con el motor acelerado. En el
patio las luces se apagaron. Pero el motor
segua en marcha, despacio, más acelerado,
despacio.

La mujer alcanzaba a ver la figura oscura
en el asiento delantero del coche; no se movía,
miraba directo hacia adelante.

—Tú... —empezó a decir la madre, y abrió la
puerta de alambre tejido. Encontró una sonri-
sa en su boca. La contuvo. Ahora el corazón
le latía más lento. Se obligó a arrugar la frente.

El hijo apagó el motor. La mujer esperaba.
El Fornido bajó del auto y tiró las calabazas
al tacho de basura y puso la tapa de un golpe.

—¿Qué pasó? —preguntó la mujer—. ¿Por qué
estás en casa tan temprano...?

—Nada. —Pasó junto a ella rozándola con los
ocho litros de sidra intactos. Puso las jarras en
la piletta de la cocina.

—Pero todavía no son las diez...

—Así es. —Entró en el dormitorio y se sentó
en la oscuridad.

La madre esperó cinco minutos. Siempre
esperaba cinco minutos. El quería que ella
fuera a preguntarle, se hubiera vuelto loco si
ella no lo hacía, así que al fin la mujer fue y
miró en el dormitorio oscuro.

—Cuéntame —dijo. —Oh, todos estaban para-
dos alrededor —dijo el hijo—. Se limitaron a
quedarse parados ahí alrededor como un mon-
tón de tontos, sin hacer nada.

—Qué lástima.

—Se quedaban ahí como tarados.

—Ah, pero qué lástima.

—Traté de animarlos a hacer algo, pero se
quedaron ahí. Fueron solamente ocho, ocho de
veinte, ocho, y yo el único disfrazado. Tal como
te digo. El único. Qué montón de estúpidos.

—Con todo el trabajo que te tomaste además.

—Estaban con sus chicas y se quedaron ahí
con ellas y no hacían nada, ni juegos ni nada.
Algunos se fueron con las chicas —dijo el
Fornido en la oscuridad, sentado, sin mirar a
la madre—. Se fueron a la playa y no volvieron.
Te lo juro. —Se puso de pie, enorme, y se apoyó
contra la pared; se lo veía todo despropor-
cionado con los pantalones cortos. Había olvi-

dado la gorra infantil que tenía en la cabeza.
De repente se acordó, se la sacó y la arrojó al
piso—. Traté de hacerles bromas. Jugué con un
perro de juguete e hice algunas otras cosas,
pero nadie hacía nada. Me sentía como un
tonto, el único que estaba ahí vestido así, y
todos ellos diferentes y solamente ocho de
veinte, y la mayoría se fue en media hora.
Estaba Vi. Traté de convencerme para que
también yo fuera a la playa. Para entonces ya
estaba furioso. Realmente furioso. Le dije no
gracias. Y aquí estoy. Puedes quedarte con el
chupetín. ¿Dónde lo puse? Tira la sidra por el
desagüe, bébela, no me importa.

La mujer no se había movido ni un cen-
tímetro en todo el tiempo en que él habló.
Abrió la boca.

Sonó el teléfono.

—Si son ellos, no estoy en casa.

—Es mejor que atiendas —dijo la madre.

El Fornido agarró el teléfono y levantó el
tubo de golpe.

—¿Sammy? —dijo una voz aguda y clara. El
Fornido sostenía el tubo en el aire, mirándolo
enojado en la oscuridad—. ¿Eres tú? —El
gruñó—. Habla Bob. —La voz de dieciocho años
se apresuró a continuar—. Me alegro de que
estés en casa. Estoy muy apurado, pero... ¿qué
pasa con ese partido de mañana?

—¿Qué partido?

—¿Qué partido? Por favor, estás bromean-
do. ¡Notre Dame y SC!

—Ah, fútbol.

—No digas "ah, fútbol" así, tú lo organizaste,
te esforzaste, tú dijiste...

—Ese no es un partido —dijo el Fornido, sin
mirar el teléfono, el tubo, a la mujer, la pared,
nada.

—¿Quieres decir que no vas a ir? ¿Fornido,
sin ti no será un partido!

—Tengo que regar el césped, lunar el auto...

—¿Puedes hacerlo el domingo?

—Además, creo que viene a verme mi tío.

Hasta luego.

Colgó y pasó junto a la madre en dirección
al patio. Mientras se preparaba para acostarse,
ella oyó los sonidos del hijo allá afuera.

El Fornido debía de haber aporreado la bolsa
de arena hasta las tres de la mañana. Las tres,
pensó la madre, completamente despierta,
mientras escuchaba los golpes. Antes, siem-
pre había parado a las doce.

A las tres y media entró en la casa.

La mujer lo oyó detenerse ante la puerta de
su dormitorio.

El no hizo nada más que quedarse allí de
pie en la oscuridad, respirando.

La mujer tenía la sensación de que el hijo
aún llevaba puesto el traje de nenito. Pero no
quería saber si era cierto.

Al cabo de un largo rato la puerta se abrió
lentamente.

El Fornido entró en la habitación oscura y
se echó en la cama, junto a la mujer, sin tocar-
la. Ella fingió estar dormida.

El se quedó echado boca arriba y rígido.
Ella no podía verlo. Pero sentía que la cama
se sacudía como si él estuviera riéndose. No
alcanzaba a oír ningún sonido que saliera de
él, de modo que no podía saberlo con certeza.

Y entonces oyó los chirridos de los
pequeños resortes de acero apretados y
desapretados, apretados y desapretados en los
puños del Fornido.

La madre deseaba sentarse en la cama y gri-
tarle que tirara esos espantosos objetos rui-
dosos. Deseaba sacárselos de entre los dedos
de una bofetada.

Pero entonces, pensó, ¿qué haría él con las
manos? ¿Qué podría poner en ellas? ¿Qué
haría él, sí, qué haría con las manos?

De modo que hizo lo único que podía hacer:
contuvo el aliento, cerró los ojos, escuchó y
rezó: "Oh, Dios, que siga, que siga, que siga es-
trujando esas cosas, deja que siga estrujando esas
cosas, déjalo, déjalo, oh, deja que siga, que
siga estrujando... deja... deja..."

Era como estar acostada con un gran grillo
oscuro.

Y faltaba mucho para el amanecer.

Se reproduce aquí por
gentileza de Emecé.

COVISUR ESTA TEMPORADA, LE BRINDA LA SEGURIDAD
Y EL CONFORT DE PODER VIAJAR POR EL PRIMER TRAMO
DE UNA RUTA CON DOBLE CALZADA, UNA HACIA CADA LADO.



